

Desperta Ferro Ediciones

Fraternidad europea contra el nazismo

Monarcas y generales exiliados que no aceptan una derrota, agentes secretos en misiones suicidas, científicos, espías, pilotos de caza, brillantes criptógrafos, heroínas de la resistencia, rostros icónicos o civiles comprometidos como una jovencísima Audrey Hepburn. Estos son algunos de los personajes históricos que protagonizan *La isla de la esperanza*.



29-5-2018 – La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *La isla de la esperanza. Inglaterra, la Europa ocupada y la fraternidad de pueblos que cambió la Segunda Guerra Mundial*, de Lynne Olson.

Cuando la Blitzkrieg arrolló Europa en 1940, Inglaterra se convirtió en el último refugio para los gobernantes y militares que pudieron escapar de la bota alemana, la última democracia que sobrevivía en el Viejo Mundo. Alcanzar la isla era, en palabras de un joven refugiado polaco, como “alcanzar el paraíso”. *La isla de la esperanza* aborda, con pulso de novela, una historia pocas veces narrada, la de cómo desde Inglaterra los exiliados de media Europa –polacos, checos, daneses, noruegos, holandeses, belgas, franceses...– intentaron sacudir el yugo nazi de sus países.

Lynne Olson, que para la exsecretaria de Estado de EE.UU. Madeleine Albright –ella misma una refugiada checa en Londres durante su infancia– es “la mejor cronista de la política y diplomacia de la Segunda Guerra Mundial de nuestro tiempo”, enhebra a partir de las experiencias de un elenco de personajes dispares una narración vibrante. Monarcas como el valiente rey de Noruega, Haakon VII,

o la orgullosa reina Guillermina de Holanda, que con sus encendidas alocuciones radiofónicas mantuvo la moral de sus compatriotas. O como el intrépido conde de Suffolk, que rescató en Francia a dos físicos nucleares que más tarde harían posible el Proyecto Manhattan. Pero Olson también honra a héroes anónimos, cuyos esfuerzos ayudaron a volver las tablas contra el Eje: el sacrificio de los pilotos polacos durante la batalla de Inglaterra, fundamental para evitar la victoria de la Luftwaffe; la vital contribución de los descifradores polacos para descifrar el código Enigma; o la red de espías tejida a lo largo y ancho de la Europa ocupada que con su inteligencia ayudaron a asegurar el éxito del Día D.

Un relato que aúna épica y humanidad, acerca de unos días decisivos en los que desde *La isla de la esperanza* se jugó la libertad de Europa.

El libro está **disponible desde el viernes 25 de mayo**.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que han visto la luz una treintena de títulos (catálogo completo [aquí](#)). En la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SOBRE EL AUTOR



Lynne Olson nació en Hawaii y se doctoró *magna cum laude* en la Universidad de Arizona. Ha trabajado como periodista para Associated Press, como corresponsal en Moscú y en Washington. Está dentro de la lista de superventas de *The New York Times* gracias a sus siete libros acerca de la Segunda Guerra Mundial y el papel de Gran Bretaña en dicho conflicto, entre los que destacan *Citizens of London: The Americans Who Stood with Britain in Its Darkest, Finest Hour* y *Those Angry Days: Roosevelt, Lindbergh, and America's Fight Over World War II, 1939-1941*, escogido por *The New York Times* y Amazon como uno de los mejores libros de 2013. En palabras de la exsecretaria de Estado de EE.UU. Madeleine Albright, refugiada en Londres durante su infancia, Lynne Olson es "la mejor cronista de la política y diplomacia de la Segunda Guerra Mundial de nuestro tiempo".

SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«Lynne Olson ha montado un vibrante triángulo argumental en torno a Gran Bretaña, a la Europa ocupada y a la hermandad que ayudó a cambiar el rumbo de la guerra».

David Aaronovitch, *The Times*

[Ver reseña completa](#)

«Es una historia conmovedora, contada con cariño por Olson [...] E insinúa que la futura Unión Europea surgió de esta fraternidad forjada en tiempos de guerra [...] Salta de una escena a otra, de un relato social sobre cómo se recibió en Londres a los aviadores polacos a una apasionante y sangrienta historia sobre la resistencia en Francia [...] Un libro que es bienvenido, no solo por el pasado que recupera, sino simple y llanamente por el placer de su lectura».

Paul Kennedy, *The Washington Post*

[Ver reseña completa](#)

«Olson alza su voz en favor de los países ocupados: sin su ayuda, los británicos bien pudieron haber perdido la Batalla de Inglaterra y la del Atlántico, y no haber conseguido descifrar el endiablado código Enigma. Su argumento es todo un desafío, pero convence su persuasión en la dramatización de los heroicos hechos acometidos y más tarde olvidados o no apreciados en su justa medida».

Harold Evans, *The New York Times*

[Ver reseña completa](#)

«Aunque está repleto de historias emocionantes, el verdadero interés de *La isla de la esperanza* es su templanza al calibrar la Historia, alejada del fragor de las bombas y las batallas. Olson manifiesta un agudo sentido de la justicia; se lamenta, por ejemplo, de que los británicos no reconozcan el papel fundamental que desempeñaron los científicos polacos en el desciframiento de gran parte del código Enigma antes de la guerra».

Sofka Zinovieff, *The Guardian*

[Ver reseña completa](#)

«Esta fascinante *La isla de la última esperanza* de Lynne Olson sostiene que los europeos continentales a menudo compensaban las deficiencias aliadas, y particularmente británicas, en áreas críticas».

Jurek Martin, *Financial Times*

[Ver reseña completa](#)

«Checos, polacos, belgas, holandeses, noruegos... fueron un olvidado factor X para la causa aliada. En su obra, Lynne Olson cuenta la historia olvidada de cómo varios monarcas europeos, líderes políticos, soldados, aviadores y oficiales que se refugiaron en Londres durante la *Blitzkrieg* nazi proporcionaron mano de obra decisiva, dinero y material a sus anfitriones [...] hay tanta traición como heroísmo y esperanza».

Matthew Price, *Boston Globe*

[Ver reseña completa](#)

PROTAGONISTAS



Rey Haakon

Tras la invasión alemana de Noruega en abril de 1940, el rey Haakon rechazó rendirse y aceptar la ocupación alemana como exigía el Reich. Un encolerizado Hitler ordenó a sus tropas dar caza y acabar con la vida del monarca, pero él y su Gobierno lograron escapar de sus perseguidores y fueron evacuados de Noruega rumbo a Londres. Allí, Haakon se convirtió en el corazón del movimiento de resistencia noruego.



Reina Guillermina

Durante la guerra, la tenaz reina de los Países Bajos consumó sus sueños de infancia de lograr “grandes hazañas” como sus ilustres antecesores reales. Desde su base en Londres, la reina Guillermina evitó la capitulación de su derrotista Gobierno, sostuvo a su país en la lucha e inspiró y mantuvo unido a su pueblo a través de sus feroces intervenciones radiofónicas antialemanas en la BBC.



Rey Leopoldo

A diferencia de Haakon y de Guillermina, el joven rey de Bélgica tomó la dolorosa decisión de no abandonar su país y compartir el sufrimiento de su pueblo bajo la dominación alemana siguiendo el ejemplo de su amado padre, el rey Alberto, que permaneció en Bélgica durante la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, muchos criticaron la decisión de Leopoldo, considerando su deber continuar la resistencia belga en el exilio.



Charles de Gaulle

De Gaulle, un desconocido general de brigada antes de la debacle de su país, era el único oficial francés dispuesto a abandonar su patria y continuar la lucha contra Hitler al otro lado del Canal de la Mancha. Winston Churchill, haciendo caso omiso del sentimiento anti-De Gaulle dentro de su propio Gobierno, ofreció una calurosa bienvenida al hirsuto De Gaulle y su “magníficamente absurda” misión de recuperar Francia.



Audrey Hepburn

Siendo tan solo una niña, la futura estrella de cine Audrey Hepburn actuó como correo para la resistencia holandesa y, junto a su madre, proporcionó auxilio a los paracaidistas británicos que hubieron de buscar cobijo entre los civiles holandeses tras la aplastante derrota aliada en Arnhem.



Jean Moulin

Jean Moulin, un bien parecido funcionario francés de aspecto juvenil, se convirtió en la principal figura de la resistencia francesa durante la guerra. Más que ningún otro, era responsable de mantener cohesionada esta heterogénea suerte de movimientos y reunirlos bajo el liderazgo de Charles De Gaulle.



Conde de Suffolk

Mientras Francia se derrumbaba ante los nazis en junio de 1940, el conde de Suffolk, un intrépido aristócrata británico, protagonizó el osado rescate de algunos de los más distinguidos científicos franceses, incluyendo dos eminentes físicos que experimentaban con la fisión nuclear que más tarde desempeñarían un papel fundamental en el desarrollo de la bomba atómica.



Andrée de Jongh

Descrita como “una belleza, pero físicamente dura como un clavo”, Andrée de Jongh fue probablemente la más valiente y famosa heroína de la resistencia de toda la guerra. Con tan solo 24 años estableció una red de extracción a través de la cual evacuó a cientos de pilotos británicos y estadounidenses derribados sobre su Bélgica natal, a través de Francia hasta la neutral España, y de ahí a la libertad.

PROTAGONISTAS



Jan Masaryk

Hijo del fundador de la Checoslovaquia moderna, Jan Masaryk sirvió como ministro de Exteriores en el Gobierno checo en el exilio. Sus emisiones radiofónicas en la BBC, que aunaban ingenio, irreverencia y beligerancia, se hicieron extremadamente populares en su patria. Tras una visita del ministro de Propaganda del Reich, Joseph Goebbels, a un teatro de Praga, Masaryk instó a los checos a encender velas de incienso "para fumigar el lugar" en cuanto Goebbels se marchara.



Jeannie Rousseau

Jeannie Rousseau, una joven de 24 años que trabajaba como intérprete de alemán para una firma francesa, también flirteaba con oficiales alemanes en París para sonsacarles información sobre las nuevas armas secretas de Alemania, las "bombas voladoras" V1 y los cohetes V2. La inteligencia que esta bella parisina envió a Londres ayudó a los británicos a frustrar el plan de Hitler de usar esas armas para sembrar el terror, destruir Londres y prevenir los desembarcos del Día-D.



Madeleine Albright

Cada noche durante el Blitz, la futura secretaria de Estado de EE.UU., Madeleine Albright, apenas una niña por entonces, se acurrucaba en la litera del refugio instalado en el sótano del apartamento de sus padres, mientras las bombas estallaban alrededor. Su padre, Josef Korbel, era el jefe de retransmisiones radiofónicas del Gobierno checo en el exilio.



Marie-Madeleine Fourcade

Marie-Madeleine Fourcade, una elegante mujer de 30 años, madre de dos hijos, tomó las riendas de una de las mayores y más importantes redes de espionaje en Francia, que proporcionó a los aliados un aluvión de informaciones al más alto nivel sobre las fuerza alemanas que resultarían de crucial relevancia para el éxito del Día-D.



Marian Rejewski

A comienzos de los años 30, Marian Rejewski, un joven y brillante criptógrafo polaco, descifró junto con dos colegas el código de la máquina Enigma. Poco antes del inicio de la guerra, los polacos entregaron a los británicos una máquina Enigma e instrucciones sobre cómo usarla. Sin estos obsequios, es probable que la legendaria operación de decodificación de Bletchley Park y Alan Turing nunca hubiera cosechado resultados.



Paul-Henri Spaak

Paul-Henri Spaak, funcionario de alto rango del Gobierno belga en el exilio, se convirtió en un moderno Dr. Jekyll y Mr. Hyde. Durante la guerra, su beligerancia provocaba divisiones dentro de su propia nación, llegando hasta el punto de acusar al rey Leopoldo de traición. Sin embargo, tras la contienda Spaak se alzó como uno de los padres fundadores de la unificación europea, trabajando incansablemente para sanar las divisiones entre las naciones europeas y unir las en un proyecto común.

LA ISLA DE LA ESPERANZA
Inglaterra, la Europa ocupada y la
fraternidad de pueblos que cambió
la Segunda Guerra Mundial

ÍNDICE

Nota de la autora	ix
Introducción	xiii
<i>Dramatis personae</i>	xix

PRIMERA PARTE: LA LUCHA CONTINÚA

1 «¡Majestad, estamos en guerra!»	03
2 «Una valerosa y noble mujer»	21
3 «Un completo y absoluto desastre»	31
4 «Venceremos juntos o pereceremos juntos»	51
5 «Algo llamado agua pesada»	69
6 «Son mejores que cualquiera de nosotros»	81
7 «¡Dios mío, qué bello lugar donde vivir!»	97
8 «Londres al habla»	111
9 «Una avalancha de uves»	125
10 Espiando a los nazis	139
11 «La merienda del Sombrero»	161
12 Facciones, pugnas y disputas	175

SEGUNDA PARTE: EL DOMINIO DE LOS TITANES

13 «Parientes ricos y parientes pobres»	199
14 «La triste realidad»	219
15 «El juego de Inglaterra»	235
16 «Tenga más cuidado la próxima vez»	255
17 «Heroísmo más allá de cualquier cosa que pueda explicarle»	277
18 Un gigantesco rompecabezas	291
19 «Un formidable ejército secreto»	303
20 «El pobre burrito inglés»	313
21 Ajuste de cuentas	325
22 «Historia de dos ciudades»	339
23 «Era forastero, y me acogisteis»	359
24 El invierno del hambre	383
25 «No hubo nunca un día más feliz»	401
26 «¿Por qué llora, joven?»	411
27 «Una responsabilidad colectiva»	427
28 «El mundo ya no podía volver a ser el mismo»	435
29 «Mi consejo para Europa: ¡unidad!»	445
Notas	459
Bibliografía	487
Índice analítico	497

CAPÍTULO 1

"MAJESTAD, ¡ESTAMOS EN GUERRA!"

Hitler invade Noruega

CUANDO LOS HABITANTES DE OSLO SE DESPERTARON EL 9 DE abril, encontraron su mundo, tan perfectamente ordenado el día anterior; sumido en el caos. Aunque los alemanes no habían entrado todavía en la ciudad, los bombarderos de la Luftwaffe sobrevolaban el cielo y el sordo estampido de las bombas podía escucharse en la distancia. Columnas de denso humo negro provocadas por la quema de documentos oficiales se elevaban a lo alto. La bella Oslo, con sus frondosos parques, colinas y bosques, se hallaba expuesta a un enemigo que ignoraba que tuviera.

Unas pocas horas antes, mientras el Blücher navegaba hacia la capital en la oscuridad que precede al amanecer, el ministro alemán, Curt Bräuer, había exigido al ministro de Exteriores noruego, Halvdan Koht, la rendición de Noruega, incluso enfatizó «el completo sinsentido que supondría cualquier resistencia». Koht, aunque estaba desorientado por el repentino ataque, tuvo el ingenio de recordar a Bräuer la observación de Hitler acerca de la capitulación de Checoslovaquia después de Múnich: «La

nación que se somete sumisa a un agresor sin oponer resistencia no merece vivir». Con esa frase, rechazó las exigencias alemanas.

Aquella mañana, antes de reunirse con el rey y con otros cargos oficiales a bordo del tren especial que les sacaría de Oslo a toda velocidad, Koht comentó a un periodista de la radio que Noruega estaba en guerra con Alemania, que el rey y el Gobierno habían escapado y que la movilización general estaba en marcha (este último punto era incorrecto). En respuesta a este anuncio, que fue emitido a todo el país, miles de jóvenes, maleta en mano, acudieron al cuartel militar más próximo, pero solo se les informó de que todo era un error. «Reservistas y voluntarios salían llorando de las estaciones de reclutamiento cuando se les decía que no había armas para ellos», recordó un diplomático británico. En la capital noruega, multitudes conmocionadas se reunían ante los tablones de anuncios de los diarios, donde intercambiaban temores y rumores.

CAPÍTULO 5

"ALGO LLAMADO AGUA PESADA"

La misión de rescate que cambió el curso de la guerra

A PRIMERA HORA DE LA MAÑANA DEL 22 DE JUNIO DE 1940, un numeroso grupo de desaliñados y medio dormidos pasajeros se apretujaba en un andén de la estación de Paddington de Londres. Les rodeaban maletas, cajas de madera y veintiséis botes de metal. Las muchedumbres que pasaban a toda prisa no se fijaban demasiado en los astrosos viajeros recién llegados de Francia. Aquel día, los londinenses estaban preocupados por asuntos más importantes, entre ellos la inminente capitulación de Francia ante los alemanes.

Nada en los miembros de aquel grupo indicaba su preeminencia. Entre ellos se encontraban algunos de los científicos e ingenieros más distinguidos de Francia, expertos en todo tipo de materias, desde balística a guerra química o fabricación de explosivos. También se hallaban en el andén dos físicos nucleares del renombrado Collège de France de París, uno de los principales centros experimentales de fisión nuclear. Por más desapercibida que pasara su llegada, los físicos –y la valiosa sustancia conte-

nida en los botes que portaban– acabarían desempeñando un papel vital en uno de los hechos más decisivos de la guerra.

Atendía al grupo un inglés de elevada estatura, sin afeitar, que vestía pantalones de franela y una gabardina manchada. Conocido por amigos y familiares como «Jack», se trataba de Charles Henry George Howard, vigésimo conde de Suffolk y descendiente de una de las más antiguas y poderosas familias de Gran Bretaña. Lord Suffolk había rescatado a los científicos pocos días atrás y les había sacado de Francia a bordo de un destartado buque carbonero escocés. Muy impresionado por ello, Harold Macmillan, que por aquel entonces era un funcionario menor de uno los ministros del Gobierno de Churchill, fue presentado al aventurero Suffolk pocas horas después de la llegada del grupo a Londres; más tarde describiría a su par del reino, de 34 años de edad, como «una combinación entre *sir* Francis Drake y Pimpinela Escarlata».

CAPÍTULO 6

"SON MEJORES QUE CUALQUIERA DE NOSOTROS"

Los pilotos polacos triunfan en la batalla de Inglaterra

LOS BOMBARDEROS SIGUIERON LA CURVA DEL TÁMESIS Y volaron directos a Londres. Hitler había ordenado atacar la capital británica en represalia por unos bombardeos aislados de la RAF sobre Berlín. Tanto Hitler como Göring se habían autoconvencido de que la Luftwaffe había neutralizado a la RAF y que esta podía ahora concentrarse sobre Londres y otras ciudades británicas. Fue un monumental fallo de cálculo, no menos espectacular porque erró por poco. Durante las dos semanas previas, la RAF había perdido 227 cazas, sufrido graves daños en aeródromos y estaciones de control de sector y estaba casi acabada. Lo que el Mando de Caza necesitaba por encima de todo era tiempo para reagruparse y fue justo lo que Hitler le proporcionó. En lugar de insistir en sus intensos ataques contra las instalaciones y comunicaciones de la RAF, la Fuerza Aérea alemana inició ocho semanas de bombardeos masivos contra Londres. Sería el más intenso capítulo del reinado del terror de ocho meses denominado el *Blitz*.

En ese primer y frenético día del *Blitz*, los polacos del 303.^{er} abatieron catorce aviones en menos de quince minutos. También consiguieron dispersar una formación de bombarderos alemanes antes de que pudiera atacar Lon-

dres. Con casi una cuarta parte de su formación destruida, los bombarderos supervivientes dieron media vuelta y regresaron a Francia.

En poco más de una semana de combate, el escuadrón polaco había destruido casi cuarenta aviones enemigos –el mejor resultado de toda la RAF, con diferencia– lo cual les convirtió en los héroes no oficiales del reino. Cargos gubernamentales, altos mandos de la RAF, ciudadanos anónimos, Churchill y el propio rey se unieron para homenajear a los aviadores del 303.^{er} «Ustedes se valen del aire para sus gallardas gestas y nosotros se las explicamos al mundo –escribió el director general de la BBC–. ¡Larga vida a Polonia!».

En el palacio de Buckingham, el secretario del rey Jorge VI, Alexander Hardinge, se refirió con admiración a los pilotos polacos como «rotundos tigres». Hardinge, en una carta a lord Hamilton, escribió: «No puede uno evitar pensar que si todos nuestros aliados hubieran sido polacos, el curso de la guerra hasta ahora habría sido muy diferente». Se ha atribuido lo siguiente a un jefe de escuadrón de la RAF en referencia a los aviadores polacos: «Son fantásticos; mejores que cualquiera de nosotros. Nos superan en todo».

CAPÍTULO 8

"LONDRES AL HABLA"

LA BBC lleva esperanza a la Europa ocupada

DENTRO DEL SERVICIO EUROPEO DE LA CORPORACIÓN, era palpable el espíritu de innovación y entusiasmo. Casi todo el que trabajaba allí era un recién llegado al mundo de la radiodifusión, comprometido en este grandioso experimento para llevar la verdad y la esperanza a millones de personas dominadas por los nazis. Los británicos se codeaban con los desposeídos europeos. Periodistas, novelistas y poetas trabajaron con actores, profesores universitarios, hombres de negocios, filósofos, antiguos militares, todos lanzados a un mundo que nunca podrían haber imaginado en sus días de preguerra. Alan Bullock, un licenciado por Oxford que había trabajado como asistente de investigación para Churchill antes de entrar en la BBC, lo recordó como la mejor época de su vida. Trabajar para el Servicio Europeo, añadió, era como «ser un historiador, viviendo la historia, en la historia».

Cuando Bullock subió a bordo, el Servicio Europeo apenas tenía dos años. Hasta 1938, la BBC, emitió solo en inglés, lo cual reflejaba la insularidad de Gran Bretaña con respecto a Europa y al resto del mundo. Cuando, en septiembre de 1938, comenzó sus incipientes transmisiones a Europa,

su primera emisión –en francés, alemán e italiano– fue, irónicamente, el texto del discurso de Neville Chamberlain en el que expresaba su horror hacia la idea de que Gran Bretaña fuera a la guerra por defender a Checoslovaquia.

Cuando estalló el conflicto, el operativo para el extranjero de la BBC era todavía relativamente pequeño; tan solo emitía en doce lenguas. En pocos meses, se disparó hasta cuarenta y cinco idiomas, la mitad de ellos dirigidos a Europa. Las secciones de lenguas mayoritarias, como las de francés y alemán, emitían hasta cinco horas diarias. Estas incluían entrevistas y charlas con jefes de Estado en el exilio y otras figuras prominentes. Pero, para todas las secciones, el punto clave de las emisiones eran las noticias. Era «la roca», recordó Alan Bullock. «Cuando la gente afronta considerables peligros y dificultades para escucharte, lo que quiere son noticias».

Los espíritus emprendedores del Servicio Europeo trabajaban hasta dieciséis horas diarias y libraban una guerra, en la que, como señaló un observador, «sus únicas armas eran el ingenio, la inteligencia y una apasionada convicción de que iban a vencer». Y, durante dos largos años, lo hicieron con las caóticas condiciones del *Blitz*.

CAPÍTULO 10

ESPIANDO A LOS NAZIS

El descifrado de Enigma y otros éxitos de la inteligencia europea

EN 1933, BERTRAND, QUIEN POR AQUEL ENTONCES ERA JEFE de la inteligencia radiofónica francesa, se había dirigido a sus homólogos polacos para contarles una intrigante historia y hacerles una oferta. Les dijo que había pagado una considerable suma de dinero a un oficial del departamento de cifrado militar alemán a cambio de documentos de alto secreto relacionados con Enigma, los cuales incluían instrucciones para operar la máquina y cuatro diagramas de su construcción.

Los superiores de Bertrand no mostraron interés por los documentos y afirmaron que, incluso con ellos, Enigma no podría ser quebrada. A continuación, contactó con el MI6, que también descartó la idea. Pero cuando contactó con los polacos, estos aceptaron el material, según Bertrand, como si hubiera sido «maná en el desierto».

Los documentos fueron entregados a tres nuevos reclutas del buró de cifrado polaco, todos ellos veinteañeros. El más brillante de los tres era Rejewski, un genio de las matemáticas de 23 años que acababa de retornar de un año de estudio en Gotinga, una de las mecas internacionales de las matemáticas.

Rejewski y sus colegas, armados con los documentos, construyeron su propia máquina Enigma, así como lo que ellos denominaron una «bomba», un dispositivo electromecánico que les permitía examinar todas las posibles permutaciones del código Enigma a gran velocidad. (La «bomba» recibía su nombre de un popular postre polaco

a base de helado que los matemáticos estaban comiendo cuando se les ocurrió la idea).

Hacia comienzos de 1938, los polacos podían descifrar unas tres cuartas partes de los mensajes interceptados de Enigma. Los alemanes, sin embargo, comenzaron a añadir más complejidad a su máquina, pues introdujeron dos rotores e hicieron cambios importantes en sus métodos de cifrado. Los polacos, cuyo trabajo se veía dificultado por la falta de dinero y otros recursos, y plenamente conscientes de que la guerra se acercaba, decidieron compartir sus logros con británicos y franceses. No mucho después de la visita de Dilly Knox y otros al bosque de las afueras de Varsovia, y apenas unos días antes de que Alemania invadiera Polonia, los polacos enviaron réplicas de la máquina Enigma a Gran Bretaña y a Francia, junto con información detallada sobre cómo usarla.

Knox y su equipo se pusieron a trabajar de inmediato en lo que ellos llamaban «el tesoro polaco». En el pasado, el GC&CS había reclutado académicos de diversas disciplinas para el trabajo criptográfico, pero, al igual que Polonia, había comenzado a centrarse en los matemáticos, entre los cuales destacaban Gordon Welchman y Alan Turing. Tras examinar a conciencia el diseño y los detalles de Enigma y de la «bomba» polaca, el tímido y abstraído Turing utilizó lo que había aprendido para construir una máquina de descifrado mucho más potente y precisa, a la cual llamó «*bombe*».

CAPÍTULO 14

"LA TRISTE REALIDAD"

La amenaza soviética sobre Polonia y Checoslovaquia

UNO DE LOS AGENTES DEL SOE CAPTURADOS POR LOS alemanes antes de la muerte de Heydrich estaba en posesión de una carta con las direcciones de dos familias de Lidice. La Gestapo concluyó, errada, que los habitantes del pueblo ocultaban –o habían ocultado– a los asesinos. En la oscuridad antelucana al amanecer del 10 de junio de 1942, centenares de tropas de las SS rodearon la localidad. Tras hacer salir a todos los habitantes de sus casas, los hombres fueron fusilados allí mismo y las mujeres y niños enviados a campos de concentración, donde la mayoría moriría. Todo el pueblo ardió por completo y las ruinas que quedaron fueron aplastadas por excavadoras. A continuación, se esparció sal por toda la tierra, para que nada vivo pudiera volver a arraigar nunca más en Lidice.

Aunque las SS todavía no habían encontrado a Kubiš y Gabčík, su extraordinario salvajismo, en Lidice y en otros lugares, más la enorme recompensa ofrecida, obraron, al fin, el efecto deseado. El 16 de junio, Karel Čurda, uno de los pocos agentes checos del SOE que seguía en libertad, entró en el cuartel general de la Gestapo en Praga. Conmovido por las extremas represalias, furioso por la aparente insensibilidad de los líderes checos en Londres a las dificultades de la resistencia y, por encima de todo, tentado por la astronómica recompensa, Čurda reveló las identidades de los asesinos.

Gracias a la información proporcionada por Čurda, la Gestapo siguió el rastro de Kubiš y de Gabčík hasta una iglesia del centro de Praga, donde se escondían junto con otros cinco paracaidistas enviados desde Londres. Duran-

te más de seis horas, los agentes checos sostuvieron un frenético tiroteo contra las 700 tropas de las SS que rodeaban la iglesia, a los que consiguieron contener hasta agotar las municiones. Con sus últimas balas, Kubiš, Gabčík y los dos agentes que aún seguían vivos optaron por suicidarse antes que caer en manos del enemigo.

En total, más de 5000 ciudadanos checos murieron a consecuencia del ataque a Heydrich. Las dos semanas de carnicería provocaron muestras de simpatía y admiración en masa por los checos y desprecio por los nazis y su barbarie en todo el globo. Como era de esperar, el foco de la atención mundial se centró en la masacre de Lidice. «Si las generaciones futuras nos preguntan por qué luchábamos en esta guerra, deberíamos explicarles la historia de Lidice», declaró Frank Knox, secretario de Marina estadounidense. Cierta número de localidades en Estados Unidos y en otras partes del mundo fueron renombradas Lidice en honor de los inocentes que habían muerto allí.

Tal y como había esperado Beneš, la muerte de Heydrich y la terrorífica respuesta de los alemanes supusieron un gran triunfo propagandístico para la causa checa. «Me encontraba en Estados Unidos cuando ocurrió lo de Lidice. No estaba logrando avances para nuestra propaganda, pues había agotado todas las posibilidades de la situación –escribió Jan Masaryk a un amigo británico–. Pero entonces vino Lidice, que nos infundió nueva vida. Checoslovaquia volvía a estar de nuevo en el mapa». Moravec relató, jubiloso: «En el delicado asunto de nuestra contribución al esfuerzo de guerra, pasamos del último al primer puesto».

CAPÍTULO 15

"EL JUEGO DE INGLATERRA"

El desastre holandés del SOE

GISKES PREFERÍA EMPLEAR TÉCNICAS DE INTERROGATORIOS más sutiles –ejerciendo una presión verbal intensa, pero serena– muy diferentes a las brutales empleadas por la SD y la Gestapo, que, por lo general, recurrían a la tortura. Tras prometer a Lauwers que no sufriría daño, Giskes, presionó al agotado y asustado agente para que aceptase seguir transmitiendo mensajes a Londres como si continuase en libertad. En principio, Lauwers se negó en redondo, pero, tras muchas horas de interrogatorio, acabó por ceder, pues confiaba en que, si omitía su código de seguridad, como le habían dicho repetidamente que debía hacer, el SOE se daría cuenta de que había sido capturado.

Lauwers, durante su periodo de entrenamiento con el SOE en Londres, había tenido la impresión de que trabajaría para el MI6, una idea errónea que el SOE, siempre hermético, nunca corrigió. Al igual que otros muchos admiradores del MI6, Lauwers lo consideraba un servicio de inteligencia de élite que en raras ocasiones cometía errores. Tanto él como los otros agentes holandeses, escribió Lauwers, tenían dos cosas en común: «Un profundo amor por nuestro país y una confianza ciega en nuestros superiores. La elevada reputación del servicio secreto británico en todo el mundo y el entrenamiento recibido elevaron nuestra confianza [...] hasta cimas de fe casi mística».

Lauwers reemprendió sus transmisiones vigilado por Giskes, plenamente convencido de que, cuando el SOE se diera cuenta de su situación, rompería de inmediato

todo contacto. En cuatro mensajes sucesivos, dejó de usar su código de seguridad, pero el SOE no daba muestras de haber comprendido sus advertencias. Cada vez más desesperado, comenzó a insertar las letras «CAU» y «GHT» en sus transmisiones. Tampoco hubo reacción. Muchos años más tarde, Leo Marks remarcaría que «en mi experiencia, ningún agente lo intentó más que [Lauwers] para hacernos saber que había sido capturado [...] pobre diablo, hizo lo imposible».

De hecho, la falta del código de seguridad había sido detectada por los operarios de transmisiones del SOE y reportada a Blizzard y a sus subordinados de la Sección N. Estos concluyeron que esa repetida falta constituía una prueba insuficiente para demostrar que Lauwers estaba arrestado. Instantes después, le informaron de que un segundo agente sería lanzado en paracaídas para unirse a él y a Taconis. Cuando el nuevo operativo aterrizó, a finales de marzo, Giskes y sus hombres estaban allí para recibirlo.

Fue así como comenzó *Das Englandspiel* [«El juego de Inglaterra»], una extraordinaria operación de dos años del Abwehr que supuso la captura de más de cincuenta agentes holandeses destinados desde Londres (varios de los cuales habían sido enviados por el MI6, pero que se vieron atrapados en la debacle del SOE) por no mencionar centenares de toneladas de armas y explosivos. Fue el peor desastre de la historia del SOE, que, prácticamente, decapitó el movimiento de resistencia holandés.

CAPÍTULO 18

UN GIGANTESCO ROMPECABEZAS

Los espías europeos se preparan para el Día D

AUNQUE AGENTES DE TODA LA EUROPA OCUPADA CONTRIBUYERON a recolectar este mosaico de información, la mayor parte procedía de agentes franceses y polacos. La red Alliance de Marie-Madeleine Fourcade fue particularmente activa, a pesar de sus recientes pérdidas catastróficas de agentes. Un agente aliado –un ingeniero naval francés que trabajaba en Lorient, otra base submarina alemana en la costa de Bretaña– proporcionó una plétora de datos sobre el complejo, que incluía el número y movimiento de los *U-Boote* con base en dicho puerto. Otro agente de Alliance fue contratado para pintar las oficinas de la Organización Todt, el departamento de ingeniería y construcción del Reich, en Caen, una ciudad próxima al canal de la Mancha y campo de batalla decisivo durante la inminente campaña de Francia. Durante la tarea, el pintor logró sacar de allí planos de las fortificaciones alemanas en la zona.

Tal vez el logro más importante de todos fue el de otro agente de Alliance, pintor y profesor de arte de Caen, que recorría en bicicleta la costa de Normandía y esbozaba bocetos y dibujos a lo largo del camino. El fruto de sus trabajos fue un mapa de 16,7 m de largo que mostraba la posición de cada emplazamiento, fortificación y obstáculo costero alemán a lo largo de la costa, además de información pormenorizada sobre las unidades alemanas y sus movimientos. El mapa, trasladado de forma clandestina a Londres en marzo de 1944, resultó una fuente de valor incalculable para los comandantes aliados que dirigieron la invasión.

Los polacos también proporcionaron inteligencia clave, a pesar de la pérdida de Interallié, su red más importante en Francia. Roman Garby-Czerniawski, el oficial de la

Fuerza Aérea polaca que había fundado Interallié en 1940, fue delatado al Abwehr por su novia francesa en noviembre de 1941 y la organización fue desmantelada. No tardó en ser reemplazado por una nueva organización polaca denominada F-2, que hacia 1944 contaba con casi 3000 agentes, franceses en su mayor parte, que trabajaban en puertos, estaciones ferroviarias, plantas de armamentos e incluso oficinas alemanas de producción de guerra. Al igual que los trabajadores de Alliance, los agentes de F-2 suministraron abundante información sobre el orden de batalla, fortificaciones costeras y líneas de defensa alemanas, así como posiciones y movimientos de trenes, buques y submarinos. Muchos de los agentes eran trabajadores forzosos que habían sido llevados por los alemanes a lugares como Saint-Nazaire o a Lorient para realizar labores de poca cualificación o de construcción.

Los esclavos polacos que trabajaban en fábricas de armamento, astilleros y grandes plantas industriales en el interior del mismo Reich también constituyeron una inestimable fuente de información. En numerosas ocasiones, el material que facilitaban permitió el bombardeo de objetivos estratégicos significativos. «Podemos afirmar de manera categórica que el servicio de inteligencia polaco es extremadamente activo –afirmaba en julio de 1943 un agorero informe del Ejército alemán–. Ya opera en un gran número de fábricas protegidas alemanas por medio de los trabajadores allí empleados, lo que plantea severas amenazas contra la producción de material militar. Tales amenazas se multiplican, pues la inteligencia de Polonia, gracias al fanatismo de su resistencia, opera con gran pericia y es difícil de detener».

CAPÍTULO 22

"HISTORIA DE DOS CIUDADES"

Varsovia y París se alzan en armas

A LAS CINCO DE LA TARDE DEL DÍA 1 DE AGOSTO, EXACTAMENTE, miles de puertas y ventanas fueron abiertas de par en par por toda Varsovia y dio comienzo el levantamiento. Desde balcones, tejados y ventanas, los soldados clandestinos abatieron a las tropas alemanas con una lluvia de fuego de fusilería y de armas ligeras. Otros polacos lanzaron granadas al cuartel general nazi y cócteles molotov contra depósitos de munición y transportes de tropas. En docenas de barrios, ciudadanos corrientes –amas de casa, obreros, profesores universitarios, tenderos– arrastraron a las calles mesas, arcones, pupitres y sofás con los que construir barricadas contra las tropas y los carros alemanes. Banderas polacas que llevaban largo tiempo ocultas fueron desplegadas y ondeadas desde las ventanas de las viviendas.

Hacia el anochecer, prácticamente había desaparecido todo resto de la ocupación alemana. Los ciudadanos de Varsovia habían arrancado de calles y tiendas postes y señales, carteles, inscripciones y banderas alemanas. Se colocaron retratos de Hitler y de otros prohombres nazis sobre las barricadas para que los alemanes tuvieran que disparar contra las imágenes de sus propios líderes.

Durante los tres primeros días de la insurrección, los combatientes del Ejército Interior, de los cuales solo unos 2500 estaban bien armados, se hicieron con el control de la mayor parte de Varsovia. En esa crítica primera fase del combate, sin embargo, no lograron tomar varios objetivos militares clave, entre ellos los aeródromos alemanes y los puentes sobre el Vístula. Los insurgentes se hallaban ex-

tendidos en exceso y necesitaban ayuda con desesperación. Pero no llegó ninguna, de ningún tipo, de los aliados occidentales o del Ejército Rojo, algunas de cuyas unidades acampaban en las afueras de la capital.

Los nazis, mientras tanto, traían refuerzos y se disponían a contraatacar. La División «Hermann Göring», una unidad de élite de tropas de la Luftwaffe, fue enviada a toda prisa desde Italia y otras dos divisiones de las SS también venían de camino. Su objetivo, según los máximos mandatarios del Reich, consistía en dar a los insolentes polacos una lección definitiva. «Debe morir hasta el último habitante de Varsovia, no se debe tomar prisioneros», declaró Heinrich Himmler. Una vez que sus fuerzas hubieran llevado a cabo esa misión, debían arrasar con lo que quedase de Varsovia. «Desde un punto de vista histórico, esta insurrección es una suerte –alardeó ante Hitler–. Varsovia será erradicada [...] esa nación, que durante setecientos años nos ha cerrado el paso [...] ya no será nunca más un problema para nuestros hijos o incluso para nosotros mismos».

Mientras las unidades de las SS y de la policía de Himmler se lanzaban contra Varsovia, los operadores de radio del Ejército Interior enviaban peticiones desesperadas a Londres en las que solicitaban armas y munición. Con el paso de las horas, la resistencia se sentía más y más ignorada y aislada del mundo, una sensación de aislamiento que se veía magnificada por las noticias de nuevos avances aliados en el frente de Normandía y la liberación de cada vez más ciudades y localidades francesas.

CAPÍTULO 23

"ERA FORASTERO, Y ME ACOGISTEIS"

La derrota de Arnhem

AUDREY HEPBURN, QUE VIVÍA A CUATRO KILÓMETROS DE Arnhem, observó horrorizada la evacuación. «Todavía enfermo cada vez que recuerdo las escenas –relató años más tarde–. Era la más cruda de las miserias humanas: masas de refugiados en marcha, algunos de ellos acarreado a sus muertos, bebés nacidos en las cunetas, centenares derrumbándose por el hambre». Los habitantes de Arnhem no pudieron volver a su ciudad hasta que los aliados liberaron la zona en abril de 1945.

En medio de todo el caos y la carnicería de Arnhem, varios centenares de paracaidistas heridos consiguieron esquivar la muerte y el cautiverio. Fueron sacados en secreto de hospitales, estaciones de primeros auxilios y campos de batalla por miembros de la resistencia, quienes los ocultaron en aldeas y pueblos a varios kilómetros de distancia. La madre de Audrey Hepburn proporcionó comida a varios de ellos y la propia Audrey entregó mensajes de la resistencia a hombres que vivían ocultos.

Uno de los rescatados fue Shan Hackett, quien, junto con sus tropas, había tomado parte en los brutales combates cuerpo a cuerpo de Arnhem. En último término, fue uno de los escasos supervivientes de los 1000 hombres de su brigada, la cual, según sus palabras, había sido «el corazón y el centro de su vida» durante dos años. En menos de una semana, había sido prácticamente exterminada.

Hackett, alcanzado en el abdomen y en una pierna por la metralla de una granada de mortero, estaba tan gravemente herido que el doctor alemán que lo examinó dijo que no podía hacerse nada y que había que dejarle morir en paz. Un cirujano sudafricano de la 1.^a Aerotransportada, que también había caído prisionero, no era de la misma opinión y operó al general y le salvó la vida.

Pocas semanas más tarde, cuando el alto mando alemán ordenó que los heridos británicos fueran enviados a campos de prisioneros, varios miembros de la resistencia sacaron de manera clandestina a Hackett del hospital situado cerca de Arnhem. Débil, de rostro ceniciento y todavía padeciendo severos dolores, fue llevado a una pulcra casa blanca con tejado a dos aguas situada cerca del centro de Ede, una bulliciosa localidad de mercado a unos veinte kilómetros de distancia. Allí, le tendieron en un lecho en una diminuta habitación de la planta superior con cortinas de encaje, una colcha blanca sobre la cama y un retrato bordado de la Bella Durmiente colgado de la pared.

Sus enfermeras y protectoras fueron tres hermanas solteras de mediana edad –Ann, Mien y Cor de Nooij– las cuales nunca antes se habían visto involucradas en actividades de la resistencia. Pero cuando miembros resistentes clandestinos les pidieron que ocultasen a un oficial británico herido, aceptaron de inmediato. «¡Gracias a Dios que ahora tengo algo importante que hacer!», exclamó una de ellas.

CAPÍTULO 26

"¿POR QUÉ LLORA, JOVEN?"

Occidente vuelve la espalda a Polonia y Checoslovaquia

APENAS UN MES DESPUÉS DE LA FIRMA DE LOS ACUERDOS DE Yalta, llegaron a Londres reportes de arrestos en masa de polacos por parte de los soviéticos en Cracovia y en otras ciudades principales. Miles de ellos ya habían sido enviados a los gulags soviéticos, mientras que otros, en su mayoría oficiales y tropa del Ejército Interior, estaban siendo acusados por el NKVD de espiar para Gran Bretaña y para los polacos de Londres, a quienes los soviéticos llamaban «fascistas». Las tropas del Ejército Interior, según un relato de la clandestinidad polaca, «son apaleadas, torturadas, obligadas a pasar hambre [...] ha habido muchas muertes».

A finales de marzo de 1945, dieciséis relevantes líderes de la resistencia polaca desaparecieron tras haber sido invitados a acudir a una reunión con comandantes militares soviéticos. Algunos de los desaparecidos habrían figu-

rado entre los candidatos principales para los altos cargos de un gobierno polaco de posguerra de amplia base. Durante las seis semanas siguientes, los soviéticos ignoraron reiteradas consultas británicas sobre ellos. Finalmente, admitieron que los polacos habían sido arrestados. Los líderes serían más tarde juzgados y sentenciados a largas penas de cárcel. Cuatro de ellos murieron en prisión.

A pesar de todos esos reportes sobre el brutal tratamiento que los soviéticos dispensaban a los polacos, Gran Bretaña y Estados Unidos siguieron persiguiendo la quimera de la «unidad aliada» y retiraron su reconocimiento formal al Gobierno polaco en el exilio, el 5 de julio de 1945, para concedérselo al comunista de Varsovia. «Los polacos –comentó Max Hastings–, acabaron la guerra como la habían empezado, con sacrificios humanos en aras de la realidad del poder».

CAPÍTULO 27

"UNA RESPONSABILIDAD COLECTIVA"

La sombra de la colaboración

LAS NACIONES, DURANTE SU LUCHA POR LA SUPERVIVENCIA, y más tarde al iniciar la inmensa labor de reconstrucción, también se vieron obligadas a afrontar su pasado bélico y a reconocer que, aunque buena parte de sus ciudadanos había desafiado a los alemanes, muchos otros habían colaborado con ellos. Al igual que diversas cuestiones relacionadas con la guerra, el tema de la colaboración tenía infinitos niveles de complejidad, empezando por cómo debía definirse el término. Para algunas personas, entre las que se incluían el escritor británico y exagente del MI6 Malcolm Muggeridge, la definición era obvia: «Con la ocupación alemana, cualquiera que no pasara a la clandestinidad o al extranjero era, hasta cierto punto, un colaborador, que podía ser acusado de serlo». Estas visiones maniqueas solían ser defendidas por personas de países no ocupados, como Gran Bretaña y Estados Unidos, los cuales ni imaginaban las ambigüedades de la vida bajo la ocupación alemana. En Gran Bretaña y en Estados Unidos «nos veíamos [a nosotros] como los buenos –señaló el novelista británico Paul Watkins–. No teníamos que pensar sobre lo que podría haber sido vivir como colaboradores. Cualquiera que cooperara era débil y merecía morir, junto con el resto de los malos».

Aquellos que defendían posturas simplistas sobre la colaboración no podían comprender la realidad de tratar de sobrevivir en un entorno incivilizado e inestable, en el que las normas de la sociedad habían quedado rotas. «Si querías comer e ir a la escuela, tenías que colaborar –aseveró Watkins–. La única alternativa era

echarse al monte o arriesgarse a ser enviado a un campo de concentración. Si querías seguir viviendo algo que se pareciera a tu antigua vida, tu única opción era hacer lo que se te ordenaba».

El destacado historiador y filósofo ruso-británico *sir* Isaiah Berlin se muestra más comprensivo hacia la naturaleza humana en sus reflexiones sobre la colaboración: un individuo, para poder sobrevivir a la guerra, podría verse obligado a tener trato con los alemanes, pero «no tenías por qué ser agradable con ellos». El historiador Stanley Hoffmann, que vivió bajo la ocupación alemana de Francia, aportaba otra definición más compleja. Hoffmann dividió la colaboración en dos categorías: la involuntaria, en la que uno acepta a regañadientes la necesidad de cooperar con el fin de sobrevivir; y la voluntaria, en la que no solo se acepta la necesidad sino que se ayuda de forma activa al enemigo en beneficio propio.

No obstante, con independencia de cómo se definiera la colaboración, aquellos que fueron hallados culpables de ella fueron sometidos a violentas represalias al final de la guerra. En todos los países ocupados, los miembros de la resistencia y otros ciudadanos se revolvieron contra los sospechosos de ser informadores y colaboracionistas «con igual furia y desprecio contra los derechos individuales que los colaboradores habían mostrado contra los combatientes de la resistencia durante la guerra», reflejó un historiador. Esa venganza fue particularmente feroz en Francia, donde fue conocida como la *épuration sauvage* [«depuración salvaje»].

CAPÍTULO 29

"MI CONSEJO PARA EUROPA: ¡UNIDAD!"

La unificación de la Europa de posguerra

LOS EUROPEOS ESPERABAN DE CHURCHILL, EL HOMBRE QUE había aceptado acogerlos en Inglaterra en 1940, que encabezase el movimiento para alinear a su país con el continente. En un principio, cabían motivos para el optimismo. Churchill, durante mucho tiempo defensor de lo que el denominaba «unos Estados Unidos de Europa», ya había debatido diversas variantes de esa idea durante la guerra. A Anthony Eden le había comentado su visión de una nueva Europa, custodiada por una fuerza de policía internacional, «en la que las barreras entre las naciones quedarán muy minimizadas y será posible viajar sin restricciones».

Después de perder las elecciones generales de 1945, Churchill dedicó buena parte de su tiempo y energía a esa campaña unificadora. En un discurso que «llenó a multitud de europeos de esperanza y exaltación», declaró: «Cuando el poder nazi fue quebrado, me pregunté cuál era el mejor consejo que podía dar a mis conciudadanos de nuestro devastado y exhausto continente. Mi consejo a Europa puede resumirse en una única palabra: ¡unidad!».

En 1949, los esfuerzos de Churchill ayudaron a la creación de una organización multilateral denominada

Consejo de Europa, con sede en la ciudad francesa de Estrasburgo. Entre sus diez miembros se hallaban Gran Bretaña y cinco de los países que había dado refugio durante la guerra: Francia, las naciones del Benelux y Noruega. Desde el comienzo, sin embargo, el motivo de la existencia del consejo no estuvo claro, pues, carente de poder y autoridad para actuar, funcionaba como una sociedad de debate, principalmente.

Spaak, que se convirtió en el primer presidente de la asamblea del consejo, acabó por cansarse de presidir «solemnes farsas» de votaciones que aprobaban «planes grandiosos [de integración europea] que no tenían ninguna posibilidad de ser puestos en marcha». A comienzos de 1950, señaló que «admiro a aquellos que pueden permanecer en calma ante la actual situación de una Europa [...] que durante cinco años ha vivido de la caridad de los estadounidenses y temiendo a los rusos. Ante ello, permanecemos impasibles, como si la historia se hubiera paralizado y como si dispusiéramos de décadas [...] para abandonar nuestros egoístas puntos de vista nacionalistas».

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

